

Notas Internacionales

A CARGO DE E. A.

La guerra civil en España ha dominado todo el horizonte internacional. La conquista de Etiopía, los debates de Ginebra, las elecciones presidenciales en los Estados Unidos, la conferencia de Buenos Aires, son sucesos menores ante el drama que vive la Península que nos legó su cultura.

La rebelión actual no debe considerarse como una causa sino como un efecto, escribe un analista penetrante.

La victoria del frente popular fue anunciada como el triunfo del espíritu republicano y como una orientación democrática regida por la sabiduría y la medida. Así, por lo menos, lo anunciaban sus jefes más señalados. Al día siguiente de encargarse del poder don Manuel Azaña, que se creía el conductor máximo del movimiento victorioso en las urnas, hacía declaraciones de moderación, calmaba la inquietud de las empresas industriales ante la amenaza comunista y hablaba del programa del frente popular como de un propósito equidistante de las extremas. Pero todo esto no era sino retórica inerte. Los grupos extremistas, como sucede en estos casos, marcaban el ritmo, imprimían la dirección. Las violencias innumerables contra los elementos de la derecha se extendían por todo el territorio español. Alcalá Zamora fue destituido y don Manuel Azaña, al asumir las funciones de Presidente, declaraba que no "iba a presidir una guerra civil". Los partidos constitucionales, que buscaban el juego de las instituciones, fueron desbordados por el tumulto de la calle. En los primeros sesenta días de gobierno, la actividad revolucionaria había realizado lo siguiente:

160 iglesias destruidas; 250 atacadas con dinamita; 269 muertos, 1287 heridos, 69 círculos políticos destruidos, 312 atacados, 10 periódicos destruidos, más de doscientos atentados terroristas con bombas. Cada día que pasaba el gobierno se hacía más impotente para dominar la anarquía. Así lo comprendieron muchos jefes militantes del frente

popular. Pero la fracción extrema del partido socialista, y los anarco-sindicalistas proclamaban abiertamente la insurrección y la marcha hacia el comunismo. La llegada de Bela-Kum, el famoso terrorista de los días trágicos de Viena, redobló las actividades. El partido socialista empezaba a dividirse entre moderados dirigidos por Indalecio Prieto, y los que sólo escuchaban la voz de Largo Caballero predicando la dictadura del proletariado. Las fuerzas republicanas organizadas por Azaña, por Martínez Barrios, por Casares Quiroga, por el presidente de la generalidad Catalana, las admoniciones de los intelectuales de izquierda a la manera del doctor Marañón, y del ensayista Ortega y Gasset resbalan sobre los hechos, como gotas de azogue. El "Komintern" que impulsa desde Moscú el estratega Dimitrov es más poderoso, que todo el aparato estatal de la segunda república española.

La profecía de Lenin parecía cumplirse. España será la primera nación europea que va a iniciar el sistema soviético. La primera, porque Rusia es todavía el Asia.

En vano los jefes de la oposición en las Cortes, Calvo Sotelo y Gil Robles, ofrecieron al señor Azaña un apoyo franco para evitar la revolución comunista. El gobierno "dejó hacer" a las organizaciones marxistas. E hizo algo peor: trató de atraerlos, y pretendió orientarlos por medio de la adulación. Los marxistas contestaron a estas maniobras con nuevas violencias, nuevos preparativos para la toma del poder. Las fuerzas de derecha representadas en el parlamento nada podían. La protesta retórica es el rezaño de un mundo que empieza a desaparecer. Las Cortes perdieron toda influencia en la vida del país. La verdadera batalla se daba en las calles. Los sindicatos revolucionarios eran los auténticos directores.

La única fuerza organizada, como elemento de orden, de jerarquía, de nacionalismo, era el ejército. Y la oficialidad y sus jefes a la manera de Franco, de Mola, de Godet, de Cabanellas, empezaron a preparar la insurrección nacional. En el fondo la guerra civil había estallado en España desde el día en que el señor Azaña ascendió al poder.

El asesinato del jefe de la oposición parlamentaria, señor Calvo Sotelo, precipitó la rebelión. Nuestros lectores conocen todos los detalles de este acontecimiento. "El asesinato del líder monarquista, es el tipo del crimen oficial ordenado, preparado y conducido a su término con un fre-

nesí salvaje". Así sintetiza la prensa inglesa la muerte de tan señalada figura.

José Calvo Sotelo no había cumplido cuarenta y tres años. Venía del antiguo partido maurista. Cuando la dictadura de Primo de Rivera ocupó el Ministerio de Finanzas desde donde realizó una obra extraordinaria. Puede decirse que el joven ministro, fue el elemento de renovación, de esperanza y de prestigio que tuvo la dictadura de aquel tiempo. Calvo Sotelo tenía todas las condiciones de conductor: energía, juventud, experiencia del gobierno, actividad batalladora, elocuencia, disciplina intelectual.

Este crimen sin nombre precipitó los acontecimientos. Las legiones de Africa se sublevaron bajo la dirección del general Franco, hombre joven, el más prestigioso de los militares de la Península. Y la guerra civil abrasa hoy a la madre España. De parte y parte los actos de heroísmo, la indiferencia ante la muerte, el sentido del sacrificio renacen a todas las horas.

A pesar de la tenaz resistencia de las fuerzas marxistas, la revolución nacionalista en el momento que escribimos, tiene el dominio de la mayor parte del país. El gobierno de Madrid es la sombra de una sombra. En Barcelona, en Valencia, en la capital, son las milicias rojas, los comités de salud pública los que alientan, ordenan, combaten, y fusilan. Los corresponsales de la prensa extranjera escriben unánimemente, que han muerto más personas ejecutadas por los milicianos marxistas, que soldados caídos en las batallas. En los últimos días han sido muertos por esta terrible justicia popular, Melquiades Alvarez, Martínez de Velasco, Ruiz de Alda, figuras de nombre internacional.

Lo que desde el punto de vista internacional se creía reducido a modestas proporciones, se complica y extiende.

A nadie se le oculta que ni Mussolini ni Hitler son indiferentes a una república soviética. Porque la lucha no es entre republicanos y reaccionarios, sino entre nacionalistas y partidarios de la dictadura del proletariado. El triunfo del gobierno no sería para el señor Azaña y sus seguidores, sino para Largo Caballero, para Joaquín Maurin, para Angel Pestaña, y aun más para el camarada Dimitrov, para el dictador Stalin. Una república soviética necesariamente tiene que ser sostenida por Moscú.

Hay también consideraciones de otro orden que inquietan a la diplomacia de Europa. Nos referimos a las aspiraciones de Mussolini sobre las islas Baleares, a los propósitos de Hitler sobre el Marruecos español. Este intento alemán sobre Marruecos no es de ahora. Todos sabemos que la guerra europea estuvo a punto de estallar en los días de la conferencia de Algeciras y cuando los incidentes del *Panther*:

La amenaza de Alemania en Marruecos y de Italia en el Mediterráneo antes que para Francia es un peligro inmediato para Inglaterra. La ruta de las Indias quedaría a merced de estas potencias fascistas. Y la India es el imperio inglés.

De Buenos Aires anuncian que la rebelión española ha sido un golpe fatal para los frentes populares en Suramérica. La táctica soviética aconsejada por Dimitrov en el VII congreso de Komintern, es decir, de practicar la alianza con la burguesía radical, para mejor derribarla, ha producido dos victorias electorales en Francia y España. Pero el sobresalto violento de esta última, los excesos de los marxistas, han obligado a muchos partidos de izquierda a romper con sus peligrosos aliados los comunistas a órdenes de Moscú.

En Francia misma, donde el frente popular tiene el gobierno, radicales, patriotas, y antiguos comunistas como Doriot, combaten abiertamente la política del Komintern. "Es la facción del extranjero", exclaman, recordando una frase de Robespierre.

Tal es la perspectiva del presente. Nada podemos vaticinar. El mundo moderno ha derrotado a todos los profetas.

